Aunque un elevado nacimiento autoriza á una jóven para aprender las artes establecidas, permitidme que pregunte: ¡es acaso el verdadero fin de la educacion que las mujeres de rango sean bailarinas, cantatrices, tocadoras, pintoras, grabadoras y bordadoras? La mayor parte de los hombres estan comunmente destinados á seguir alguna profesion, y su espíritu se ocupa necesariamente en alcanzar su objeto.

¡No seria extraño que se les separase del ejercicio de su profesion, ó que establecieran sus ocupaciones con solo un conocimiento superficial de las profesiones de todos los hombres, sin una previa y definitiva aplicacion á la suya propia? La profesion de las señoras, en la que debe fijarse su instruccion, es la de hijas, esposas, madres y directoras de familia.

Por tanto, debe dedicársele á estas varias condiciones, y suministrarles un fondo de ideas y principios, cualidades y hábitos que las haga capaces de cumplir, segun lo pida la ocasion, con estas respectivas obligaciones. Porque aunque las artes que solo embellecen la vida deben excitar la admiracion, sin embargo, cuando un hombre sensato trata de casarse, es una compañera la que necesita y no una artista.

No busca una criatura que sepa pintar, tocar, cantar, dibujar y bailar; buscar un ser que pueda animarle y aconsejarle, un ser que raciocine y reflexione, que sienta, juzgue y discurra; un ser, en fin, que le auxilie en sus negocios, le alivie en sus cuidados, suavice sus pesares, purifique sus goces, fortalezca sus principios y eduque á sus hijos.—Hannah More.

(Traducido del inglés, para la Camelia.)

ANÉCDOTA.

En un teatro de provincia, en que las faltas á los ensayos eran frecuentes por parte de los actores, dió órden el regidor encargado, de que el que faltase al dia siguiente seria puesto en la cárcel. Concurrió al ensayo nuestro regidor, que segun noticias no era muy lince ni entendia de achaques teatrales, y al comenzar la sinfonía oyó decir al director de orquesta: "Aquí falta un bemol." — "Pues á la cárcel cuando venga," gritó el buen regidor sumamente acalorado.

GÜELFOS Y GIBELINOS.

I.

LOS DESPOSADOS.

Penetremos al fondo de uno de los mas hermosos palacios de la antigua ciudad de Bolonia.

En una cámara, cuyo artesonado de ciprés esparcia un olor aromático, una jóven sentada en el alfeizar de una ventana é inclinada sobre un bastidor, se ocupaba en bordar, con maravillosa habilidad, un tejido de lino muy fino y casi trasparente. Parecia animada de una dulce alegría, y las canzones que modulaba á media voz, descubrian el júbilo inocente de su alma. Sin ser bella, Leonor podia agradar por la expresion noble y tranquila de su rostro, por la bondad perfecta que expresaban sus ojos, y podia presagiarse ya, en la vírgen modesta, la esposa y la madre cariñosas y vigilantes.

Trabajaba sola, y su voz murmuraba dulcemente el Himno al sol, con que un pobre de Jesucristo, Francisco de Asis, acababa de dotar á la Italia, cuando se abrió la puerta dando paso á un jóven, á quien Leonor saludó con una sonrisa y una inclinacion de cabeza afectuosas. El jóven se dirigió al bastidor y quedó en pié delante de él, guardando silencio; su rostro parecia animado y sombrío, como si sostuviese una lucha interior muy fuer-

te para su voluntad; en fin, tendió la mano hácia el tejido que bordaba la jóven, y le dijo con voz mal segura, que contrastaba con lo insignificante de la pregunta: "¿Qué estás haciendo, prima"?

Ella levantó los ojos, y mirándolo con dulzura: "Ya lo ves, Lotario, bordo un velo."

-¡Para tí? replicó él bruscamente.

-¡Sí! para mí; para....

—¡Ah! ya entiendo.... Leonor, escúchame, quiero hablarte. Tú eres buena y yo te amo; te amo como á una hermana llena de indulgencia, de ternura.... pero.....

No concluyó la frase: ella lo escuchaba sentada, con los ojos bajos, tranquila en apariencia, y recogida como siempre. El jóven continuó con voz mas tímida:

—Nos han desposado antes que conociésemos el valor del compromiso que nos habian hecho contraer.... y....

Vaciló todavía; Leonor estaba pálida; su mano, que jugaba con la aguja, temblaba un poco; quiso hablar, la voz espiró en sus labios, pero recobrándose inmediatamente, dijo con tono firme y bondadoso:

—Y ese compromiso, Lotario, desearias no llevarlo á cabo; esto es lo que quieres decirme, ino es verdad?

—Leonor, replicó él turbado, no te ofendas; yo sé todo el afecto que mereces; el corazon donde tú reines no debe abrigar otra imágen, y precisamente porque ya no puedo ofrecerte esa adhesion única, he querido mas bien hablarte hoy con franqueza.

—Y has hecho muy bien, primo mio, y te lo agradezco, le dijo Leonor con mucha dulzura. Si conforme á los deseos de tu buen padre, y mi tio, hubiese yo recibido tu fe en los altares, habria yo hecho todo lo posible por darte la felicidad: tal hubiera sido mi deber y mi gloria..... Dios lo ha dispuesto de otro modo..... ¡cúmplase su voluntad!..... Pero si renuncio sin trabajo á los derechos de desposada, no abdico los de hermana..... ¡Amas, Lotario! ¡y á quién amas?

—No conoces mas que su nombre, Leonor; la jóven á quien amo, con quien deseo casarme, se llama Beatriz Franzoni.

Este nombre parece que resonó en los oidos de Leonor como

una campana funeral. Dirigió á su primo una mirada de consternacion, y le dijo en voz baja, con una especie de espanto: ¡Beatriz Franzoni! ¡la hija de un gibelino! ¡Pobre Lotario!

—¡Qué quieres, prima? respondió él con tristeza, el corazon no discute.

—¡Pero tu padre jamás consentirá en ligarse, él, fiel sosten del trono de san Pedro, con un soldado de los Hohenstauffen, de esa raza detestada!

—Beatriz es inocente de las acciones de su padre.... suponiendo que esas acciones sean un crimen.

—¡Oh Lotario! acuérdate del mal que los Hohenstauffen y sus adictos han hecho á la Italia! La santa sede oprimida, los vicarios de Jesucristo humillados por un poder temporal, hollados los pueblos, desconocida la religion, envilecidas las costumbres..... este es el mal que han hecho entre nosotros los príncipes de la casa de Suabia.

—Pero, y Beatriz ¿qué ha hecho? replicó] el jóven con impaciencia.

—Nada mas que llevar un nombre aborrecido por tu padre. ¡Jamás, jamás consentirá en esta union!

-¡Jamás tendré otra mujer! exclamó el impetuoso Lotario.

Estas palabras penetraron el corazon de Leonor, pero se contuvo y dijo á su primo:

-Esta noche, Lotario, tus primeros lazos quedarán disueltos.... jserás libre!

II.

LA RUPTURA.

Una hora después, en el gabinete del padre de Lotario, el noble Bentiroglio, Leonor estaba arrodillada al lado del sillon que el anciano acababa de dejar y que parecia haber repelido con violencia. Se paseaba por el cuarto con el rostro sombrío, las cejas fruncidas, mientras que Leonor inmóvil parecia una imágen viva de la resignacion. El anciano se le acercó y le dijo bruscamente:

-¡Querrás decirme, sobrina mia, el motivo de esta ruptura?

-No tengo deseos de casarme; solo siento por Lotario una amistad de pariente, de hermana.

-¿Y qué importa? ¿te desagrada mi hijo? ¿has notado en él al-

gun defecto que te parezca mal?

-Nada veo en mi primo que no sea apreciable; pero, por favor, tio mio, renunciad á este proyecto. Permitidme que recobre mi libertad y que mi primo recobre la suya.... seremos muy

Su voz se debilitó al decir estas últimas palabras. El anciano sacudió la cabeza y murmuró:

-Los tiempos cambian y empeoran; antes, hijos y pupilas obedecian la voluntad de los padres y tutores.... hoy nos imponen la suya. Además, sobrina mia, tu padre te dejó grandes bienes para que yo pueda violentar tu inclinacion y forzarte á entrar en mi familia.... Si fueses pobre, yo sabria lo que debia de hacer.... pero jamás obligaré á la opulenta heredera á que acepte la mano de mi hijo.... Eres libre.

A estas palabras, el corazon de la jóven pareció romperse; sus sollozos, contenidos por tanto tiempo, estallaron al fin; lloró amargamente con la cabeza apoyada en una mesa de ébano. El anciano la miró asombrado y le dijo al fin con dulzura:

-Leonor, ¿qué tienes? Háblame con confianza. ¿Estás arrepentida de lo que has dicho? ¡deseas contraer otro compromiso? Habla iqué tienes?

-iNada! respondió ella precipitadamente, nada, tio mio..... Vuestras palabras me parecieron amargas, me han causado pena.... pero ahora ya estoy contenta, feliz.... quiero ser libre, y si puedo, como antes, prodigaros mis cuidados de hija, quedaré satisfecha.

El conde Bentiroglio sacudió la cabeza y dijo en tono grave: -¡Leonor, una hija no debe tener secretos para su padre!

III.

LOTARIO.

Desde aquel dia se avisó á los parientes y amigos de la familia Bentivoglio, que la union proyectada tanto tiempo antes, acababa de romperse. Compadecieron á Lotario, porque perdia una esposa amable y rica; censuraron á Leonor, que rehusaba por un capricho inexplicable la mano de su pariente mas cercano, del amigo de su infancia, del hijo de aquellos que le habian servido de padres y que la habian amado tan tiernamente. Su resolucion sirvió de texto para mil comentarios diversos, y casi todos ofensivos: unos creian que despreciaba á Lotario porque no poseia mas que los restos de una antigua fortuna, noblemente sacrificada á la causa de los soberanos pontífices; otros afirmaban en voz baja y con aire indignado, que la jóven habia escogido otro novio en el partido de los Gibelinos, que iba á hacer alianza con los antiguos enemigos de su raza y á abdicar las conviciones cimentadas por la fortuna y por la sangre de sus belicosos antepasados; los mas indulgentes la acusaban de capricho, de vanidad, y la pobre jóven no tenia quien la defendiese contra aquel sordo murmullo que se elevaba en perjuicio suyo.... ¡nadie!.... ni aun aquel por quien se habia sacrificado!

Cuando oprimida así por secretos pesares, por la frialdad del anciano Bentivoglio y por la censura pública, cuyos amargos testimonios no se le disimulaban, sentia la necesidad de encontrar á su lado un corazon amigo, confidente de sus penas, la pobre Leonor dejaba la cámara sombría y triste donde trabajaba rodeada de sus demas, y se dirigia seguida de su nodriza á la capilla sepulcral de los Bentivoglio, dedicada al papa san Dámaso y situada en la antigua iglesia de San Pablo. Se arrodillaba cerca del sepulcro donde pocos meses antes habian sepultado á su madre adoptiva, la madre de Lotario. Allí y solo allí, delante del tabernáculo santo y cerca del ataud en que reposaba un corazon que

la habia amado tan tiernamente, la pobre niña encontraba refugio y consuelos; allí podia decir libremente: "¡Dios mio! vos conoceis el fondo de mi corazon y sabeis bien que no soy orgullosa ni avara. ¡Madre mia! tú sabes cuánto me ha costado la felicidad de tu hijo!... ¡Protector de los huérfanos, ruega por mí! ¿Y tú, madre mia, ruega, ruega por mí! ruega por tu hijo, ruega.... por Beatriz!"

Habria sentido menos los falsos testimonios, las sospechas injuriosas del mundo, si Bentivoglio, su padre adoptivo, no les hubiese dado crédito con mucha frecuencia. Un dia, después de haberle hecho varias preguntas respecto de sus proyectos para el porvenir, y á las cuales contestaba Leonor solo con evasivas, le dijo el conde con severa frialdad: "Has lo que te parezca, Leonor, pero no olvides que hay una cosa que levantaria entre nosotros una barrera eterna, una cosa que no perdonaré jamás y que atraeria sobre tí la justa venganza del cielo: juna alianza con un Gibelino!"

Leonor bajó los ojos ruborizándose como si fuese culpable; Lotario, que estaba presente, palideció; quiso hablar, pero la indignacion que aquella sola idea habia causado á su padre, lo contuvo; calló guardando en su pecho el secreto fatal del que su prima era confidente y víctima. Entre tanto, su padre parecia sentir por él una ternura cada vez mayor; frecuentemente se despojaba de la austeridad de su carácter, para darle los testimonios mas claros de su confianza y estimacion; parecia querer consolarlo por el desprecio de Leonor, por la pérdida de una brillante fortuna, y se preparó á celebrar con un festin el dia en que su hijo saliese de la menoredad. Un gran banquete reunió en efecto en el palacio Bentivoglio á todos los señores Güelfos de Bolonia; y desde el fondo de su oratorio, donde se habia retirado tristemente en aquel dia de fiesta y regocijo, Leonor escuchaba el ruido de las voces y el júbilo bullicioso de los convidados. Aquellas olas de expansiva alegría, no llegaban hasta ella sino para aumentar su turbacion interior; le parecia que una gran desgracia amenazaba á aquella casa tan alegre y que la fiesta de aquel dia seria seguida de un sombrío mañana. Cuando llegó la tarde quiso bajar

un momento á su jardin particular, en que cultivaba algunas flores para la Madona y algunas plantas medicinales para los pobres; atravesaba con ligero paso una larga galería tapizada de armaduduras que brillaban con el sol poniente, cuando se abrió una puerta y Lotario apareció ante ella, pálido y agitado, como un hombre que va á tomar una decision de vida ó de muerte. "Lotario, dijo ella involuntariamente, ¿abandonas á tus convidados?"

—Sí, respondió él con precipitacion, es preciso.... es preciso.... ¡Adios, Leonor, adios!.... Mi buena prima, ino me olvides!

Al decir estas palabras interrumpidas, besó la mano de Leonor y se alejó rapidamente..... ella quiso llamarle..... pero Lotario no la oia, y al cerrarse tras él la pesada puerta de la galería, se ocultó á los ojos de su prima. Esta, llena de inquietud, hubiera deseado hablar á Lotario para obligarlo á que se explicase; pero no se atrevió á dar un paso en aquella casa llena de extraños entregados á la animacion de un largo y festivo banquete. Entró á su cuarto y oró por mucho tiempo.... después, el silencio de la noche y la calma que reinaba en la casa la tranquilizaron un poco.... y se durmió apaciblemente.

La mañana estaba ya muy avanzada y los sueños confusos que anuncian el despertar flotaban en el espíritu de Leonor, cuando oyó que la llamaba una voz trémula. Se levantó precipitadamente y vió á su nodriza delante de ella, con aire á la vez sorprendido y espantado. "¡Oh, mi querida hija! exclamó, levántate; monseñor te llama...."

Leonor, sorprendida á su vez, se puso una larga bata blanca, sujetó con un alfiler de oro las flotantes trenzas de su cabello y corrió al gabinete del señor de Bentivoglio. El anciano estaba sentado en una actitud forzada de tranquilidad; tenia en la mano una carta abierta, pero aquella mano temblaba y sus cabellos blancos estaban empapados en sudor. Lee, dijo á Leonor dándole la carta.

Ella obedeció y leyó lo siguiente:

"Padre mio:

"Cuando encontreis esta carta ya habré abandonado vuestra

casa y no me atreveré á volver si vos mismo no me llamais. Amo á la hija de un Gibelino, de un hombre á quien habeis considerado como enemigo personal; no puedo esperar que sancioneis esta boda, de la que depende mi felicidad; y aprovechando la libertad que me conceden mi edad y las leyes, me enlazo esta noche con la mujer que he escogido, con Beatriz Franzoni. ¡Perdonadme, padre mio, perdonadme! no permitais que las divisiones que turban la Italia se establezcan entre vos y vuestro hijo; dignaos recibir á vuestros piés á vuestro hijo único y á la sola compañera á quien puede amar. Ruego á mi buena prima Leonor que interceda por mí, y yo imploro vuestro amor y vuestra indulgencia.

LOTARIO."

-¡Gran Dios! exclamó dolorosamente Leonor, ¡ha partido!

—¡Ha partido! respondió Bentivoglio con furor concentrado, ha partido el hijo desobediente, el vasallo rebelde; ha ido á unirse con los opresores de Italia, y dentro de poco, no lo dudo, servirá bajo las banderas de Suabia, llevará la guerra al seno de su patria, perseguirá con su espada insolente á los fieles soldados del vicario de Jesucristo: ¡ha partido! ¡ha dejodo la casa de sus antepasados! pero juro que esta casa no lo volverá á ver ni vivo ni muerto: sus dias serán diezmados, su herencia dada á otros.... ¡porque la maldicion de su padre pesa sobre él!

Leonor, espantada de aquellas palabras, se habia arrojado á los piés de su tio, y no pudiendo hablar, abrazaba sus rodillas con afan suplicante. El anciano se desprendió de ella violentamente la miró encolerizado y le dijo con un tono de amarga reconvencion:

—¡Y sin embargo, si hubieses consentido en ser su esposa, nada de esto hubiera sucedido!

Ya era mucho para el despedazado corazon de la jóven.... cayó desmayada.

(Continuará.)

A LA LUNA.

CANCION.

Astro divino
De los amores,
Tú que las flores
Besando vas,
Y desde el claro
Zafir del cielo
Dicha y consuelo
Mandando estás;

Tú que contemplas Desde esa altura La llama pura De mi pasion, Dí si me ama La que yo adoro, O en vano imploro Su compasion.

Tal vez ahora
Sus ojos bellos
En tus destellos
Fijos están,
Y conmovida
Tu luz bendice;
Tal vez te dice
Su tierno afan.

Baña su frente Cándida y pura, De su ternura Dame razon; Dime, luz bella, Cuando te mira, Por quién suspira Su corazon.

Dime, aunque muera,
Si fementida
De mí se olvida,
¡Luz celestial!
Y si sus ojos
Fascinadores
Mienten amores
A mi rival.

Dí si orgullosa
Con su belleza
Y su grandeza,
Burla mi amor,
Y en otro piensa
De noble cuna,
De mas fortuna
Que el trovador.